

dad y los acontecimientos internacionales.

En Mérida habló el emeritense D. Alberto Oliart Saussol, abogado del Estado, desarrollando el sugestivo tema «La idea de la Historia de Toynbee».

Sobre el apasionante tema de la enfermedad «lengua azul», o fiebre catarral que tantos estragos está produciendo en nuestra cabaña lanar tras el contagio transmitido por la ganadería portuguesa, habló competentemente el Sr. Lambea ante numerosísima concurrencia de ganaderos.

El Teatro Español Universitario (T. E. U.), de Madrid, ha organizado una representación con extraordinario éxito, de «Edipo, rey», de Sófocles, que tuvo por marco el Castillo de la ciudad de Trujillo. También el T. E. U. cacereño ha tenido dos lucidas actuaciones poniendo en escena la zarzuela «La canción del olvido» en la primera, y la obra «Nuestra Ciudad», de Thornton Wilder, en la segunda.

Nuestro gran artista, el famoso escultor Pérez Comendador ha hecho entrega a Serradilla, recientemente, de una talla original y muy bella del Sagrado Corazón de Jesús; y siguiendo su incansable trabajo, ultimó y entregó a la Diócesis de Bilbao, una imagen del Apóstol Santiago, de atrevida concepción, rompiendo con la tradicional iconología del santo, pero conservando su traza de briosa fortaleza, perfectamente armonizada con el suave gesto de la mano derecha, en además mixto de bendecir y de señalar camino. Un rotundo acierto que triunfa una vez más, nuestro ilustre paisano.

En materia de pintura anotamos la exposición de óleos y acuarelas de Victoriano Martínez Terrón, de este «enamorado de nuestro paisaje, en el que ha sabido calar hondo hasta desentrañar suavemente su secreto», como dice su presentador Canal Rosado, y que ha constituido un hito señalado en la marcha ascendente de este artista cacereño.

Las jóvenes generaciones de estudiantes de Arquitectura, sienten, tal vez como reacción a un exagerado funcionalismo, una gran coñezón artística, y buena prueba de ello es la muestra que, en Cáceres, nos ha brindado Vicente Boticario Jiménez exponiendo treinta y seis obras, comprendiendo dibujos, acuarelas y óleos, destacando los primeros, habiendo entre las segundas aciertos rotundos, y presentando los óleos una gran diversidad de procedimientos e influencias aun-

que se percibe a través de los mismos, como nota unitiva, una gran pujanza que encauzada y cultivada puede darnos obras cuajadas de sentido artístico.

El Monasterio de Yuste, entra en una etapa de aceleración de obras para restaurarlo con vistas a tener buena parte en condiciones de que en él pueda celebrarse el próximo centenario de la muerte del Emperador; y así se han concedido 506.310'46 pesetas con las que el arquitecto conservador Sr. González Valcárcel llevará a cabo una importante labor.

Los restos de García de Paredes han sido exhumados y examinados en Trujillo, por una Comisión de escritores y médicos españoles y venezolanos, y se identificaron muchos restos como los de «el Sansón extremeño», y entre las calaveras examinadas se apreciaron varias con la propiedad de carecer de cimientol molar, característica que aún subsiste en algunos descendientes actuales de la familia García de Paredes. Trujillo, por conducto de su alcalde, ha regalado a Venezuela y con destino al monumento que en dicha nación se va a levantar a Diego García de Paredes, un escudo de armas, en granito, de los García de Paredes, que estaba en la Torre de la Coraja, hoy propiedad de los duques de Arión.

En Valencia, la bella capital del Levante español, se ha constituido la «Casa de Extremadura», para cuya presidencia se ha designado al laureado coronel Don Martín Bravo Moraño, natural de Villamesías.

NOTA NECROLOGICA

Ha fallecido en Casar de Cáceres, el maestro nacional D. Angel Rodríguez Campos, más conocido de nuestros lectores por el seudónimo de «Helénides de Salamina», que tanto se popularizó por usar en su vida cotidiana los atuendos griegos de la época clásica. Poesías suyas, en latín y en castellano, se han publicado en «Alcántara», llenas de serena factura y noble contenido, y actualmente la Diputación Provincial de Cáceres le está editando su monumental poema «El Panelenio». Extremeño por arraigo, entre nosotros consumió lo mejor y más fecundo de su vida, dejando una grandiosa obra poética; su labor docente será siempre recordada en Casar de Cáceres, como modelo. Que Dios acoja su alma.

CURIO O'XILLO

RECENSIONES

CUENTISTAS CONTEMPORANEOS.

Antología. Ediciones RUMBOS. Barcelona. Sin fecha.

Con prevención se toman en la mano siempre estas ediciones a escote en que la unión de muchos autores les proporciona el ímpetu necesario para salir a luz del brazo de una editoria que, de paso, realiza un negocio saneado y sin riesgos. Con todo, el volumen objeto de este comentario hay que confesar que acusa una calidad literaria poco frecuente en ediciones de esta índole. Los treinta y cuatro cuentos que contiene son en su gran mayoría interesantes, graciosos y correctamente escritos.

Abre el telón el titulado *La Gata*, de R. González Ferrer, una pincelada de color naturalista a lo Pardo Bazán que se lee con agrado, aunque el asunto no es muy original. De *El Baile*, escrita por María Dolores Cortey, que va en segundo lugar, así como de *La Brisa* de Francisco Raventos y *Niebla de Dora Vázquez* insertos más adelante, apenas puede estamparse juicio por la exigua longitud de su texto.

La pereza, de Carlos de Arce, no es propiamente un cuento sino una divagación entre existencialista e irónica, con buena literatura. *La hoja muerta* de Oscar Correa es un apunte original de matices delicados, en la línea del buen romanticismo. *Brillo fugaz*, de José Negri Haro es un cuento bien escrito aunque de limitado interés.

En *El ladrón*, Camilo Martí Signes nos deleita con unas escenas de ambiente huertano, plenamente logradas y al estilo de las que inmortalizó Blasco Ibáñez. Reune todas las condiciones que pide el género «cuento» y desde luego es de las mejores obras de la colección.

En *Un cuento chino* de Francisco Pitarque Pardos, la vulgar sonorancia del título perjudica al texto, estampita exótica muy bien trazada. *Amelia*, de Carmen Jordá Diego es un cuentecito de hadas

lindamente pergeñado, de extrema simpatía.

La cosa fea, de Rafael García Nieto es una muestra lamentable de un lamentable estilo que está hoy en candelería para uso de algunos estómagos de arpillera. Los dioses deberían recoger las aptitudes literarias a quienes tan mal uso hacen de ellas.

El taxista, de Felipe Pino, es una sencilla novelita sentimental con bien observado ambiente barcelonés. En *Espiritu de Castilla* de J. Rodríguez Bustos hallamos un nuevo toque al manido tema histórico de la invasión francesa, de loable intención y vibrante estilo, algo infantil. *Lo que más puede*, de Ana Finch es un trocito de novela rosa, no mal concebido, pero con todos los convencionalismos de este huero género.

En *La jilguerosa*, de nuestra paisana Manola Pérez de Pérez de Villar se plantea un caso jurídico interesante en un escenario regional plenamente ambientado y con algunas notas emotivas de la mejor ley. Pese a su final, un tanto forzado, este cuento junto con el primero y el último de la serie, el ya citado de Camilo Martí, y pocos más, formaría la selección con que nosotros nos quedaríamos.

Loa merece también *El árbol y el viento* de Esperanza Les, fábula pueril, pero tierna y líricamente expuesta. Otro cuento para niños de corte bíblico y edificante contenido es *El milagro del mendigo*, de José Pérez Archilla.

Igual que la soñe, de Eusebio Moya: fragmento de novela rosácea interpretado desde un punto de vista masculino. Para juzgar de las cualidades de este autor habría que leerle otro género muy distinto. En *Travesuras de Cupido*, de Antonio Pérez Feyto se intercala una nota humorística de fibra moderna que representa un breve solaz para el lector. *La mantita ensangrentada*, de Tomás Pérez Martín es un drama en pequeño, con ecos y resonancias de nuestros grandes autores por entregas. Recomendamos también a este

escritor, excelente por otra parte, un viaje en redondo en cuanto al género. *Casta* es trabajo de una escritora en formación, Consuelo Ferrer Royo, pero que refleja trazas originales dentro de su romanticismo. Estilo muy cuidado.

La locura de Bruno Manetti de Josefina Baño de San Juan, es un relato fluido, pero algo estereotipado. No comprendemos por qué los personajes se hablan de vos, tratamiento en desuso en nuestra literatura desde hace varios siglos, salvo en las traducciones francesas del siglo XIX. Enrique Ortega Vera en *Fe Selvática* utiliza una expresión demasiado exuberante, de exagerada grandiosidad adjetiva que produce un efecto opuesto al buscado. Una eficaz poda de este estilo que hoy nadie usa, podría dar en este autor muy estimables frutos. El reverso de esta medalla lo hallaremos a continuación en *Nikolau* de María Asunción Castaños, que parece escrito en extracto, como los argumentos de las óperas que se venden en los teatros. En tres páginas se desarrollan sucesos para llenar quinientas. No existe manera de interesar al lector con este estilo telegráfico. *El Correo de las ocho* de Carmen Escobar Luque tiene originalidad y gracia faltando algo de soltura de dicción. *Niloenas* es una lucubración mitológica caprichosa en que se barajan nombres griegos, egipcios, escandinavos y hasta aztecas. Posee la autora, Ascensión Sánchez de Guantes, desbordante imaginación que bien guiada puede llevarla a logros más concretos y de nuestro tiempo. *Veledades* de Antonio Parejo Márquez es una alegoría inspirada en nuestra literatura romántica. Como promete el título, *Cositas de niños* es una página breve e inocente, escrita con sencillez pulcritud.

Hay en *La cruda realidad* agudo espíritu observador y dotes narratorias más su poquita de filosofía amarga. El autor, Joaquín González Alcoba, parece haber intentado satirizar a un profesor en venganza de un supenoso. *Un niño tocó un silbato* de Matías Conde: este cuento, por su estilo representa en la selección un hito de variedad, pero la exageración de piruetas superrealistas termina, como ocurre con algunos escritores de los llamados de campanillas, por aburrir al lector.

Primera tentación—y vamos ya acabando—es una página literaria en agraz que revela en Ángel Santaacruz, su autor, conocimientos intuitivos innegables del arte de escribir. Algo semejante podríamos

decir de Luciano F. Rincón. Su *Si alguna vez el mar envejeciera* es una fantasía de pura literatura, sin traza argumental. *El chaparrón*, de Jorge Ferrer Vidal es un ejemplo de buen paso y camino equivocado. Una muestra triste de cómo ciertas modas artísticas imbéciles pueden falsear el rumbo de un escritor perfectamente preparado.

Finalmente en *Mi doble yo* de Francisco Ruiz de la Cuesta, se encuentra como ya hemos apuntado, una de las mejores obras del volumen, en el que no podemos negar un criterio selectivo para dejar al lector con buen regusto. Estilo elegante, humorismo fino y dominio del tema. A diferencia de otros cuentos por los que únicamente puede conjeturarse el futuro del autor, en este puede juzgarse del presente y el juicio es por demás halagüeño.

Hemos estudiado—como demuestra lo extenso de la recensión—el presente tomo con simpatía porque se trasluce que buena parte de los autores hacen o poco menos sus primeras armas en la liza literaria. Simpatía perfectamente compatible con la opinión desfavorable que sobre algunos cuentos hayamos estampado, parcialmente o del todo. Ya hablamos al principio de la desusada por excelente calidad literaria que hemos hallado en el libro. No hay entre los autores ningún iluso como en otros florilegios análogos. Pero algunos de ellos muestran defectos que, de no encontrar una persona sincera que se los señale, pueden llevarles a esterilizar su porvenir artístico.

Alguien nos ha reprochado esta sinceridad con que desanimamos—dicen—a las promociones jóvenes. Error mayúsculo. Nada hay más beneficioso para el que empieza como un palmetazo a tiempo. Nada hay por el contrario tan nocivo como el elogio a ultranza, el bobalicón «Esta muy bien» con que se sale del paso sin suscitar recelos. Muchos que se han amantado y crecido en ditirambos amistosos, no han podido soportar luego lo brutal de su desengaño el día en que de sopetón se les ha revelado la verdad de su equivocado camino.

La desmesurada cantidad de autores perjudica al libro y a cada uno de ellos en particular. Se nota que algunos cuentos han tenido que ser recortados y comprimidos para que todos cupieran en esta especie de autobús antológico. El lector apenas para mientes en la identidad de cada autor ni es posible que conserve memoria de los que le agraden. Precisamen-

te hemos querido ocuparnos siquiera brevemente, de cada firma para en lo que nos alcanza destacarlas todas entre el anonimato gregario a que les condena este sistema de edición absurdo, por simples y aritméticas razones comerciales.

EL DICTADO DE DON FABIAN, por Félix de la Fuente Marquínez de Beltrán. Madrid.

Inevitable es la perplejidad ante este extraño libro y no menos ante su autor cuya personalidad es un acertijo para el que lee. No se sabe si estamos ante un antiguo nigromante o alquimista que en vez de agitar en sus retortas unguentos y enjuagues, confeccione sus mixturas con vocablos; o ante un filólogo de profundo saber que guste de envolver éste en delirantes concepciones o finalmente si hemos topado con el padre de la poesía superrealista, pues muchos versos y prosas en el interior de esta obra no se diferencian en nada de algunos poemas que nos obligan a leer las antologías de hoy.

Sin entrar, pues, a desentrañar la persona del autor diremos únicamente del libro que efectivamente se encuentran en él una serie de dictados con las palabras de dudosa ortografía que tiene nuestro idioma, muchas de ellas raras e inusitadas. A continuación figura un vocabulario donde se hace referencia a todas y cada una de aquéllas, consignando su etimología y sus equivalencias en varios idiomas europeos. Al final viene inserta una lista de médicos y sabios físicos con una breve noticia de los hechos que les hicieron célebres. Tanto el dictado como el diccionario resultan de innegable utilidad, pues la tiene todo trabajo dedicado a profundizar en el conocimiento del castellano, cualquiera que sea el orden o método seguido.

NAVIDAD, por Antonio Murciano. 2.^a edición. Colección LÍRICA HISPANA. Caracas (Venezuela) núm. 142. Diciembre 1954.

La prestigiosa colección *Lírica Hispana* que dirigen en Caracas las poetisas Conie Lobell y Jean Aristeguieta publicó ya en uno de sus números anteriores un libro del poeta andaluz Carlos Murciano. Ahora nos llega otro número de la misma ve-

terana revista dedicado a su hermano Antonio.

Esta *Navidad* es la segunda aumentada de otra publicada en Madrid en 1952 bajo los auspicios de Colección Nebli y y de la cual dimos en su día cumplida referencia en «Alcántara» (número 66). Ya dijimos allí de la gracia fresca y alada, llena de resonancias clásicas encuadradas en patrones muy modernos que rebosan estos primorosos villancicos de Antonio Murciano. En la presente edición se han incorporado como ya hemos dejado traslucir, varios nuevos poemas. Sus títulos son *Balada amarilla del camellero*, *Balada azul del pescador*, *La visitadora*, *Le trilla, de la Virgen y el alba que venta*, *Canción alegre de María la mañana de Navidad*, *Nana* (dedicada a Gabriela Mistral) y *Versos a la Inmaculada Concepción de María*.

De estos poemas los seis primeros continúan el estilo de este bello Nacimiento lírico al que enriquecen con nuevas figuritas de barro con tanto cariño labradas como las demás de la primera edición.

El último, no alusivo al misterio navideño aunque con él revista, como dice el autor, no poca relación, nosotros no lo hubiéramos incluido como un simple apéndice en la obra, entre otras razones porque lo encontramos digno de formar un libro aparte o por lo menos de formar el corazón de otro sistema lírico perfectamente independiente. Es una glosa a la conocida décima popular *Benita sea tu pureza*, compuesta por otras cincuenta décimas, muestra aquilatada del más puro oro que circula en la poesía religiosa castellana. Pocas veces se ha cantado a la Virgen María con tal delicadeza y fragancia, empleando *casi*—y este restrictivo adverbio es de orden puramente teológico—el lenguaje y la música que Ella merece. Antonio Murciano llega en este poema a las regiones de Juan de la Cruz y Luis de León. No nos duelen prendas al admitirlo como tampoco sentiríamos empacho en decir lo contrario, según sabe todo el que nos lee, si así lo creyéramos justo. Es lástima que el pie forzado de la glosa reste independencia a esta brillante composición, verdadera pieza selecta, pero no hay nada perdido pues esperamos no sea única en la lírica mariana de este autor.

No podemos callar que la impresión de este librito ha sido notoriamente descuidada, cosa bien extraña en tan fina y atilada serie como es *Lírica Hispana*. Es

incontestable que se puede perdonar un desliz a quien ha sacado a luz 142 tomos de poesía, pero precisamente sobre este ciclópeo prestigio, los lunares son más destacables. Nobleza obliga.

PRESENCIA MIA (Poesías, 1949-1955)
por Manuel Pacheco, Badajoz, 1955.

Con satisfacción registramos que Manuel Pacheco en este nuevo libro sigue en la línea esbozada en su anterior *Los Caballos del Alba* y que extensamente analizamos en el número 87 de esta revista. Por un lado, los versos son en su mayoría rítmicos y por otro tienen un contenido ideal mayor que los de sus libros primitivos. También continua, salvo lunares leves, en la línea del buen gusto y de la elegancia sin los tremendismos de antaño. Todas estas mejoras se mantienen aproximadamente al mismo nivel que en su citada penúltima obra, sin pérdidas ni ganancias.

Muchos de los poemas de *Presencia mia* llevan metros clásicos. Otros, aún en verso libre, tienen ese mínimo ritmo interno sin el cual en forma alguna merecerían el nombre de versos. En general su poesía sigue siendo musical, todo lo musical que permiten las actuales modas y desde luego—y esto es lo mejor—paralelamente a la armonía sónica física se encuentra una musicalidad psicológica que no percibe el oído, pero sí otras facultades del lector.

En cuanto al contenido de los versos, mínimo equipaje de ideas que también deben llevar para adjudicarles tal nombre, se refleja en dos facetas argumentales en este libro: la amorosa y la filosófica, correspondientes a las dos partes en que se divide, tituladas respectivamente *Presencia del amor* y *Presencia del hombre*.

La primera de ellas está imbuída como tantas de sus últimas producciones por la esencia inmortal que tanto ha hecho ganar a los versos de este poeta, comunicándoles una grandeza y una humanidad de que carecían. Ya es sabido que en la pluma hay varias etapas. Una de ellas, la de los 20 años que se traduce por asqueamiento de cuanto nos rodea y rebeldía contra todo bicho viviente. La segunda, la de los 25 se llama Amor; la de los 30 o 35 filosofía; la última, en fin, serenidad, maestría, arte depurado. Pacheco se encuentra hoy en la segunda y hay que felicitarle y envidiarle por ello, porque si

no es quizá la más perfecta, es sin disputa la más bella. Hallamos, dentro del peculiar estilo del poeta, ternura en *Plegaria para los dos*, y *Mis humana*, becqueriana melancolía en *Que triste tu palabra*, amurgura, en *Me ha sembrado una máquina*, pasión en *Elegía al amor de pétalo y espina*. En otros poemas, las exageraciones superrealistas sepultan bajo sus escombros de recortaduras muchas bellas ideas, apenas perceptibles para el lector, por buena sintonía que se esfuerce en lograr.

No menos méritos se encuentra en casi todas las composiciones de la segunda parte *Presencia del hombre*, iniciado con el delicioso *impromptu Lluvia en la noche* y en donde se encuentran poemas tan logrados como *La raíz del sueño*, *Niño y otoño* y otros que han colocado el nombre de este artista extremeño en el envidiable puesto que hoy ocupa en las letras nacionales.

Positivamente aborrecemos la poesía social, no porque lo social no sea un fenómeno importante, esencial si se quiere, sino porque se trata de un tema que carece de toda poesía, como tampoco la tienen la Topografía, la cirrosis hepática y la Ley de Arrendamientos Urbanos. Pero hay una poesía social elevada y simpática que está revestida de sentido humano, cuando lo social forma parte de la Naturaleza. Tal en Gabriel y Galán o en Pereda. Algunos de los poemas de Pacheco se encuentran en esta trayectoria y resultan admirables tanto como desplazados los que se apartan de ella.

Hemos de señalar aún dos defectos, nimios si se quiere, que no afectan a la esencia valorativa del libro, pero que existen y el constatarlo forma indudable parte de nuestra misión. La primera impresión que produce el volumen al tomarlo en la mano es desagradable, porque el título y la portada que son los mensajeros o gastadores de toda edición, enviados en vanguardia al ojo del lector, están concebidos sin la menor preocupación estética. El título es demasiado seco y no muy original, siendo precisamente los versos de Pacheco, caudalosas cascadas de originalidad. La portada, el dibujo que ilustra la misma tal vez sea, a la luz de no sé qué cánones, una obra de arte; para nuestro criterio es un adesio. No puede ser símbolo de la mucha belleza que encierra el libro esa lavandera microcéfala ni ese esfingido con cuerpo de oruga, dibujado con evidente desprecio de la entomolo-

gía. Todos los días estamos viendo viñetas o bocetos en la más aguda proa de la vanguardia artística, incluso de estilo abstracto y que sin embargo sugieren un sentido de armonía, real o imaginario.

A lo largo de los versos, de las imágenes y del girovago kaelidoscopio que es el estilo expositivo de este poeta, hallamos a veces repeticiones que producen el efecto de un paso en falso. Nuestro subconsciente es implacable con las obras cuya cualidad esencial es la originalidad y no les tolera ecos ni reflejos. Cuanto más nueva y brillante es una frase peor efecto produce su repetición. Se puede decir varias veces en un libro, por ejemplo «Mi alma es de fuego» pero la segunda vez que se lee «Mi alma es de cemento» o «de musgo» la frase se encuentra más que vieja, decrepita. Es algo en que los escritores de nuestra época deben ser muy consecuentes consigo mismos.

CARAS NEGRAS, por Antonio García Miñor. TENIAS RAZON CAPITAN, por Gabriel Baldrich Gil. ROBO CON ESCALO, por Emilio Ortiz Ramírez. (Novelas). Colección *Nova Novis*, volumen I. Aguilar, S. A. Madrid, 1955.

Laudable iniciativa desde todos los puntos de vista la de esta prestigiosa editorial al dar salida en cuatro volúmenes anuales a doce novelas de autores no consagrados. Son muchos los literatos que, por falta de ambiente o de influencias, no consiguen asomarse al gran mundo de las letras y de consiguiente permanecen inéditos o poco menos ellos y sus obras con detrimento grave del tesoro literario de nuestra época en la cual, inversamente, bastantes talentos mediocres se aúpan a los escaparates a favor de una amistad o de una situación social ventajosa en los cotarros literarios. Naturalmente, este último mal no es grave pues el público muy pronto selecciona y relega lo que poco mérito tiene. Mas ¿cómo seleccionar sobre lo desconocido?

Esta primera salida de la colección *Nova Novis* contiene tres largas novelas—justamente la dosis necesaria para unas vacaciones—en un tomo de cómodo manejo y tipografía pequeña, pero extraordinariamente clara. Vamos a ocuparnos sucesivamente de las tres obras.

Caras negras es una novela de ambiente minero. En realidad, más que novela, para incluirse plenamente en cuyo género

le falta armazón argumental, es un libro de pura literatura al modo de Gabriel Miró aunque con otro estilo y otro ambiente. Se trata de una sucesión de cuadros o dioramas montados sobre el escenario de una aldea asturiana. Antonio García Miñor es un literato-pintor. Sus páginas son verdaderos cuadros tratados con maestría de veterano. Siguiendo el símil, consignaremos que estos cuadros no están tratados como es muy frecuente con técnica de paisajista, sino que pertenecen al género de figura y composición que en todos ellos es armónica y serena. No existe aquí ese estilo de brochazo y chafarrinón que algunas veces, en alas del genio, produce verdaderos portentos pero que otras, las más, las muchísimo más, no consigue sino adesios. Al contrario, pincel de miniaturista que se recrea en el detalle, como los primitivos. Cada personaje de los muchos que pululan por el libro está descrito física y psíquicamente con cariñoso esmero y detalle, como los primitivos. Se cuenta su historia *ab ovo*, comenzando por la de sus padres o antecesores y todo esto está hecho con un especial encanto que, lejos de cansar, interesa porque da al relato un agradable tono humano y patriarcal.

Caras negras es un fruto plenamente logrado. Nuestro aplauso cerrado toma origen no sólo en la elevada calidad de su literatura, sino en el hecho de hallar aquí una batalla ganada al *tremendismo* novelístico, un estilo grotesco de puro excesivo, que ha estado varios años viviendo del reflejo de las violencias bélicas y del que el público está ya más que ahito, asqueado. El ambiente gris y duro de las minas se prestaba a ello. Otros escritores hodiernos habrían columbrado en él por todas partes rencores, y rencillas, mezquinos odios, brotes de bestiales instintos. García Miñor sólo ha plasmado en su obra serenidad, trabajo y hombría de bien. Y ello en una obra profundamente realista. Con simpática ingenuidad confiesa el autor que en su escrito no hay asperezas ni estridencias sencillamente porque no existían en el ambiente que le dió inspiración. Saludable lección para tanto autor y autora que con el pueril afán de escribir *algo fuerte* manchan sus páginas con miserias que ni siquiera conocen visualmente, vendimiadas de segunda mano en otros libros y adobadas con detalles repulsivos cocidos exclusivamente en su imaginación.

Muy distinta cosa es en su concepción, en su forma y en su estilo *Tenias razón*,

capitán, de Gabriel Baldrich Gil. De desarrollo extraño y un poco anárquico, pues dentro de ella se encuentra otra novela y una tercera en el interior de esta última, los tres protagonistas concéntricos son por sus reacciones y pensamiento, la misma persona. Incluso todos son de igual edad, que por casualidad es la misma del autor.

De los tres relatos nos quedamos definitivamente con los que componen la periferia. En ellos campea libremente un ingenio desenfadado y un humorismo alegre y moderno que se contagia al lector. La novela central es una especie de *Curioso impertinente* engastado en las memorias autobiográficas del despreocupado, aunque enamorado, Ricardo Fernández y Rodríguez de Oller y lo mismo que aquel inciso cervantino, resulta muy inferior a cuanto le rodea. Claro que el señor Fernández, su autor, se sangra en salud confesando que para escribirla le sirvieron de materiales dos *Coyotes*, tres F. B. I, y un viejo atlas francés. Estos ingredientes se dejan notar en ella no sabemos si voluntaria o involuntariamente, pues el autor no deja traslucir si lo que pretende es meramente satirizar el género, cosa que diría mucho en su favor. Lo cierto es que la historia de ese capitán Vright (apellido como otros que ahí salen, sólo parcialmente inglés), dejando a un lado su estilo ágil y suelto y algunas reflexiones y pinturas francamente elogiadas no es más que una narración de las más socorridas y baratas en el día. Un grupo de vengadores montecristos que, como sedante a sus sinsabores particulares se «echan al mont.» del *gangsterismo* y a los cuales todos los intentos de infundir alguna grandeza no les quitan su carácter de asesinos vulgares.

Cuando este relato finaliza, por falta de personaje, el lector respira complacido y recibe de buena gana a su viejo amigo Fernández, hombre ingenioso, de reacciones normales y vino alegre, sin complejos criminaloides, aunque en medio de su apoteosis alcohólica le dé la razón a su desapacible capitán.

Creemos que hay que esperar de Gabriel Baldrich mucho y bueno, mucho de lo bueno que en esta obra se limita a apuntar.

Robo con escalo, de Emilio Ortiz Ramírez, tiene algo de novela psicológica, mucho de policiaca y otro poco de relato de costumbres—nada edificantes por cierto, pero muy actuales—. El autor demuestra poseer todos o casi todos los re-

sortes de la buena novelística. Sus personajes son profundamente humanos, plenamente reales y reaccionan como tales en todo momento. La ambientación está exacta y verídicamente lograda y los hechos se producen con perfecta lógica, incluso con esa lógica tan frecuente en la vida que está salpicada de gotas de sorpresa. Esta primera y agradable obra de Emilio Ortiz solo merecería plácemes si no fuera forzado decir algo sobre su estilo. No es que lo hallemos incorrecto, ni mucho menos, sino solamente inadecuado al género literario que trata. La novela moderna en general y la policiaca en particular requieren un ritmo expositivo rápido. El lector de hoy gusta poco de digresiones y menos de que le sirvan desmenuzados los razonamientos y reacciones, en forma detallada y premiosa, de manera que casi siempre llegue él por su cuenta a una conclusión mucho antes de que el autor haya terminado de explicársela.

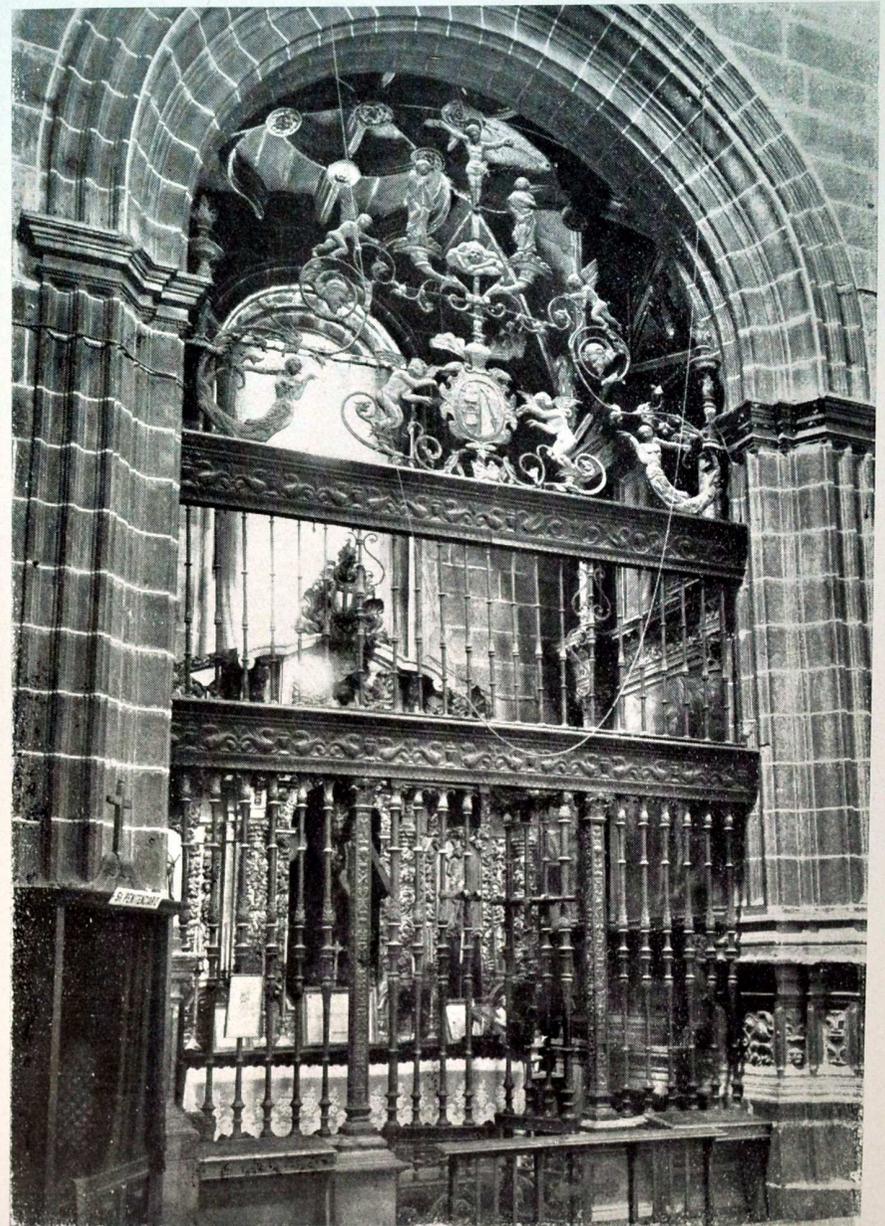
El día que Ortiz haya conseguido desprenderse de este lastre expresivo, sus novelas tendrán una calidad excepcional y un interés grande que ahora flojea en algunos capítulos por las razones dichas, puramente formales y no porque la acción carezca de él.

Precisamente todos cuantos conocen el género policiaco saben lo difícil que es plasmar un argumento interesante no habiendo en él ningún asesinato. Y ello no porque el público aficionado a esta clase de novelas tenga la más mínima apatencia morbosa—lo policiaco es lo contrario del tremendismo, precisamente—sino porque sólo el ambiente que rodea a una muerte violenta tiene el patetismo, las serias reacciones y las irremediables consecuencias que se necesitan como elementos imprescindibles en este género. El haber logrado casi todos estos elementos mediante un simple robo, es un no pequeño triunfo argumental que debe atribuirse al autor.

OMAR EL ZEGRI

POEMAS DE LA BUSCA, por José María Osuna. Ediciones Rumbos. Barcelona, 1956.

José María Osuna es un buen poeta. No tiene que ver que éste que vamos a comentar sea su primer libro de versos para que podamos sentar nuestra afirmación.



ALBUM EXTREMEÑO.—Altar mayor de la Catedral de Plasencia: Escultura de G. Fernández y pintura de Ricci (Foto Mas)

ción tan categórica y escuetamente como lo hacemos.

Su poesía es honda y empapada de ternura, aunque a veces se endurezca o enmascare con un ligero viso de resentimiento generoso ante el dolor irremediable, propio o ajeno, que su sensibilidad pone en carne viva con noble e infantil, a veces, exageración.

Podríamos decir que su temática es, casi constantemente, adolorida y está en la línea romántica, muy de nuestro tiempo, velada de tonos grises y resignados acatamientos, casi fatalistas. A veces es sólo un lamento, una queja valerosamente contenida, sin desesperación.

José María Osuna es médico: médico y poeta. Era inevitable su encanto, y éste no podía estar en otra línea. Resultaría pueril que tratáramos de razonar esta afirmación cuya verdad se alcanzará al más lerdo.

En cuanto a la forma en el hacer poético de José María Osuna, diremos que sigue la corriente moderna—no tan moderna ya a estas fechas—de prescindir, y aún aborrecer, de todos los ornamentos tradicionales del verso. Para estos poetas, el verso no es otra cosa que un renglón de dimensiones arbitrarias y que en cualquiera de sus poemas pudiera agrandarse o reducirse a voluntad.

Pero esto es lo de menos. No tenemos inconveniente en conceder que el verso en poesía es un elemento accesorio. Por lo que no pasamos es por lo del enrevesamiento, la incoherencia y el galimatías. El poeta ha de ser un hombre que sienta profundamente; esto es indudable. Y no lo es menos que el poeta puede escoger entre manifestar ese sentimiento o guardarlo para sí. Pero si se decide por lo primero, en un rasgo generoso de dádiva, debe ser sin joda porque realmente tiene algo que decir y quiere que ese algo llegue a los demás y los conmueva y estremezca con un gozo parigual al suyo y, haciéndolos poetas también, les redima del barro y les ponga en la frente el destello azul cuasi divino de la poesía. Y todo el que de veras tiene algo que decir y quiere ofrecerlo a los demás procura decirlo tan bella y claramente como sea capaz de hacerlo.

José María Osuna olvida muchas veces esta actual preocupación de los poetas, de oscurecer sus poemas y, arrasado por el manantial de su ternura, canta sencillo y claro, con los mejores acentos de esa Andalucía que tanto le preocupa y posee. Pero otras se deja lle-

var por la corriente, de la que Dios nos libre, y fuerza y retuerce su lenguaje con gran merma, a nuestro juicio, de su poesía. Tan lo consideramos así, que no dudamos en afirmar que en sus poemas más sinceramente sentidos es donde más alumbran las virtudes que en él estimamos, mientras que por el contrario nos suenan a artificios y obligados aquellos en los cuales vemos más patentes los vicios que venimos recusando.

Veámoslo con un ejemplo:

Así dice en el poema con que abre su libro y que con gran fortuna titula: «De José María Osuna (1955) a José María Osuna (1922)».

Han llovido desde entonces más de treinta inviernos y una riada de canas inundó tu cabeza; y en el tristísimo y dulce cementerio de Carrión una lápida reza sobre un sencillo nicho: Natividad Jiménez. Y tu sabes todo lo que esto significa.

Por el contrario leemos esto otro en el Poema a Ingrid:

El sol volvía a encender el pulso de los viejos mastodontes olvidados en la paciencia anticipada de los hielos; y los caballos con alas por la aurora acabada de salir de tus manos trotaban al costado de las aves sin aire.

Creo que no es necesario añadir comentario alguno ante tan claros ejemplos. Repetimos que José María Osuna es un buen poeta. Y añadimos: lo será aún más, cuando se redima de prejuicios y modas. El día que se decida a cantar, sin otra preocupación que la de dar al aire sus versos, se habrá encontrado de verdad a sí mismo y nos hará un bien a los que tengamos la dicha de compartir su poesía.

ISLA SIN TIERRA, por Josefina Romo Arregui. Greenwich Village. New York, 1955.

En realidad este libro está constituido por un solo poema en varios cantos: Invocación del Corazón-Isla.

El «Pájaro-Isla».

Canción y danza de la otra isla, prisionera del «Pájaro Isla».

Triunfo del mar y destrucción del «Pájaro Isla».

Triunfo de la tierra sobre el mar.

Y un bello estrambote estrangulado a veces de angustia y lleno de esperanza al final.

Elegía del poeta de esta hora.

Todo el libro es como una bella sinfonía, con sus distintos tiempos fieles en la temática aunque desacompañados en el ritmo. Diferentes, pero armónicos. Construidos por quien sabe mucho oficio y tiene grandes talentos.

En ocasiones nos han sonado al oído, sólo al oído, unos acordes lorquianos que ya no nos gustan, como suponemos que pasará no muy luego con esas disonancias incongruentes con las que hoy abren la boca tantos pontífices y acólitos parnasianos.

Josefina Romo tiene amplio el crédito

en las letras españolas y este poema es apenas una pequeña muestra de su capacidad de hacer, pero, si la gema es de pocos quilates, las luces de su talla son de tal modo limpias e irisadas que resulta muy placentero gustar las guiñadas de sus fulgurantes deslumbramientos.

Por otra parte, el poema está entañado de sentimientos hondos y disecca y desentierra la garra de los egoísmos, de la arcilla humana que aprieta y desangra y aparta el corazón palpitante y vertido, igual que un verso.

Pero el corazón es como un suspiro y escapa y vuela indemne, siempre liberado porque es el soplo de Dios y nada ni nadie prevalecerá contra él.

JOSE CANAL



NOTAS BREVES

DE DENTRO Y DE FUERA

✽ La revista de Artes y Letras. «Índice»—una de las mejores de España, que dirige nuestro ilustre colaborador y buen amigo Juan Fernández Figueroa, va a convertirse en Sociedad Anónima. En su último número, su director se dirige a suscriptores y amigos y entre otras cosas dice: «Me dirijo a los que están con nosotros, a los que nos siguen y son nuestros amigos en la preocupación y en el afán de independencia, solvencia y decencia. Necesito, pues, pocas palabras para ser entendido».

«Índice decide convertirse en Sociedad Anónima».

A continuación publica una memoria llena de datos de gran interés a los eventuales suscriptores de acciones.

✽ Los hermanos Bedia, dueños de los talleres de Artes Gráficas, de Santander, han puesto ya en la calle una colección de poesía bajo el título evocador de «La Cigarra». El primer volumen es una «Pequeña Antología Poética», de Gabriel Celaya, libro de más de cien páginas admirablemente editado.

✽ El segundo volumen—próximo a salir—de la C. «La Cigarra» será de Jesús Delgado, libro que hizo en su viaje por el Norte y cuyo título es «La Montaña». Llevará dos dibujos de Ricardo Zamorano. Deseamos a los hermanos Bedia mucha suerte en este enorme «sacrificio» que supone editar libros de poesías.

✽ Nuestro colaborador y amigo Arturo Benet ha publicado un maravilloso libro en la C. Rumbos, con el título de «Sonetos». Le felicitamos.

✽ Los practicantes españoles han formado una «Asociación Española de Ayudantes Técnicos Sanitarios Escritores y Artistas».

Entre los propósitos de estos escritores y artistas, figura la tirada de una revista mensual órgano de la Sociedad; la creación de una Biblioteca y archivo especializados y la convocatoria de cer-

támenes, recitales, veladas musicales, conferencias, etcétera.

✽ Hemos leído una biografía del célebre caricato «Ramper», escrita por nuestro gran amigo Leocadio Mejías. Nuestra más cordial enhorabuena. Máxime cuando los derechos de autor, etc. servirán para remediar el estado precario en que se encuentra la señora Viuda de Ramón Alvarez—«Ramper».

✽ Dos revistas se editan en Palencia que se reparten gratuitamente, «Rocamador», una de las mejores en su género, y «Nibis», con artículos y críticas de primera calidad.

✽ En el último número de «Gévora» hemos leído un soberbio poema de Manuel Monterrey, «Soledad del Poeta». «Soledad que presides las horas de mi vida»—«en este hogar que fué dichoso en otro tiempo». Amigo Monterrey, tienes a todos los poetas de Extremadura contigo.

✽ El P. Cué, S. J., autor del célebre libro «Cómo llora Sevilla...»—que editado en 1956 va por la 6.ª edición—acaba de publicar un bellísimo libro, «Cuando la Historia pasó por Loyola».

✽ Tres preguntas: ¿se hará alguna vez la Asociación de Escritores y Artistas Extremeños?

¿Será posible que Extremadura, la tierra que va a dar de comer a media España, tenga algún día Universidad?

¿Camina Extremadura al mismo ritmo material que espiritual?

✽ En el concurso literario organizado últimamente por el Instituto Laboral de Villanueva de la Serena, obtuvieron dos accesits de trescientas y doscientas cincuenta pesetas la Srta. Amalia Mogoilo y los Sres. D. José María González-Haba y D. Vicente Vacas, respectivamente, por sus novelas *Aires Morenos* y *Amor a la tierra*.